

Jueves XXVI del TO Ciclo B



3 de octubre de 2024

Jb 19, 21-27

Sal 26

Lc 10, 1-12

P. Eduardo Suanzes, msp

Resumen preliminar. [En la Primera Lectura seguimos con el Libro de Job que empezamos el lunes pasado y que concluiremos el próximo sábado. Recuerden: el autor de este cuento se inventa esta historia para establecer que no es de Dios la idea de la retribución divina, es decir, que Dios premia a los buenos y castiga a los malos y que, por tanto, te irá bien si cumples la voluntad de Dios y te irá mal de lo contrario. En el cuento aparece el personaje llamado «el satán», así con artículo. Un «satán» en el mundo hebreo es alguien que se enfrenta como rival o fiscal, con una idea o plan contrapuesto, que lucha en contra. Pero no confundamos *el satán* de esta narración con nuestra imagen o concepción del demonio, ángel caído que odia a Dios y sus obras. Nada tiene que ver con eso. El «satán» quiere demostrarle a Dios que el ser humano es voluble, interesado e incapaz de serle fiel; y apuesta contra Dios a que se lo demuestra en el fiel Job. La apuesta de Dios es, por el contrario, la libertad del hombre.

Satán comenzó su partida contra Dios, pero la primera mano, como vimos el lunes, la perdió: acabó con una alabanza de Job. Pero satán protesta y en su objeción argumenta que si él ha perdido la partida es porque, en realidad, Job ha bendecido a Dios para salvar la vida, por egoísmo, no sinceramente; la prueba, por tanto, tiene que continuar. Y continúa.

La segunda mano de la partida se produce a través de unas llagas terribles en la piel de Job y con la colaboración de su mujer que habla como cómplice inconsciente de satán¹. Su mujer defiende una religión interesada y condicionada al comportamiento de Dios: el hombre ha de bendecir al Dios benéfico y maldecir al Dios maléfico; así estarán en paz: si su marido tiene estas llagas terribles que lo aíslan de la sociedad es porque Dios es malo e injusto y, por lo tanto, ha de maldecirlo. Ya que Job ha de morir que guste el último consuelo, el de la venganza impotente: maldecir al verdugo. Pero Job, vuelve a salir airoso de la prueba: «*si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?*»² Partida perdida para satán. Pero el juego prosigue].

En la lectura de hoy se está desarrollando el tercer envite, que comenzamos el día de ayer, y que consiste en la intervención de satán a través de tres amigos de la víctima: esos son ahora sus ases de la baraja. La trama se desarrolla poniendo el autor a hablar a Job por tres veces y en cada una de ellas le responde a cada uno de sus amigos.

Ahora Job está a punto de dar su respuesta final a sus amigos y el autor del cuento es consciente de la importancia del momento, tanto que pone en boca del protagonista la idea, el deseo, de que sus palabras permanezcan para siempre, como si fueran plomo incrustado en roca³, no solo las que está diciendo ahora sino las que ha dicho a lo largo del todo el relato. Está claro que el autor del cuento no se equivocaba en la importancia de su relato, pues ha permanecido en la historia mucho más que plomo incrustado en roca. No se engañaba al darse cuenta de la importancia de su libro.

Job habla frente a sus amigos de su «vengador», de su «defensor», de su «protector»; es esta una institución jurídica antigua: un miembro de la familia, del clan, de la tribu, por

¹ Cfr. LUIS ALONSO SCHÖKEL. *Los Libros sagrados. Vol. VIII,2. Job.* Ed. Cristiandad. Madrid, 1971

² 2, 10

³ «¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca!», dice el texto en hebreo.

grados, está obligado a reivindicar a su prójimo. En caso de esclavitud, pagando la suma del rescate; en caso de pobreza, comprando el terreno en venta, para que no salga de la propiedad familiar o del clan...; El acto y la obligación de «vengar» de «defender» se basan en los lazos de solidaridad. Dios asume este oficio respecto a Israel. El acto de este «defensor» ha de consistir en probar la inocencia de la víctima. Job suspira por la reconciliación con Dios y se ve a sí mismo al lado de Él cuando todo esto haya pasado: «*veré a Dios a mi lado*» El satán ha perdido la partida.

Pasando al Evangelio, ¿quiénes serían estos setenta y dos? ¡Quién sabe! Es seguro, eso sí, parece que no es descabellado pensar, que se tratara de gente que le seguía; de ese grupo de personas que iban con él, fuera del círculo de los doce más allegados. Por tanto, no es descabellado pensar que habría gente muy distinta: judíos honestos sorprendidos por la frescura del mensaje de Jesús; algún publicano arrepentido; tal vez algún matrimonio joven, todavía sin hijos, aventurados en el seguimiento de ese Rabí; no creo que hubiera gente de mucha cultura. Serían gente anónima, tal vez de dudosa procedencia, con un elemento en común: ***todos estaban atrapados por Jesús.***

¿Y a nosotros? Qué nos ha pasado para que, al leer el texto del envío de los discípulos, pensamos inmediatamente que eso a nosotros “no nos toca” y que es algo reservado para gente que tiene un obispo o un superior/a que los mande de acá para allá⁴. Como en el fondo nos resulta más cómodo, lo aparcamos en una zona reservada al “clero y alrededores”, sin darnos cuenta de que esta actitud supone algo tan grave como negar nuestra condición de discípulos. Porque es esa la condición preciosa que recibimos en el Bautismo y que sigue latente en nosotros esperando la oportunidad de desplegar todas sus potencialidades.

Probemos lo contrario: leer de nuevo el texto como dirigido a nosotros, sentirnos aludidos por sus palabras y escuchar sobrecogidos la llamada apremiante a ponernos en camino. Si nos parece demasiado, vamos a quedarnos solamente con algunos de sus consejos sobre la estrategia de envío que diseña Jesús:

- Hay que ir «*de dos en dos*»: es decir, dispuestos a caminar con otros, a comportarse como cómplices y compañeros, a negociar metas y pactar itinerarios, convencidos de que al individualismo le ha caducado el código de barras. «*Miren cuánto se quieren*» decían de los primeros cristianos; “miren qué gente tan especial”, podrían decir hoy si nos ponemos a ello: se ayudan unos a otros, no saben de faenas, codazos ni pisotones, se sostienen y apoyan mutuamente.
- Hay que encajar lo de «ser pocos» y encima de no lamentar el disponer de muchos medios ni de muchas certezas: la pobreza y la minoridad no son obstáculos que impiden la eficacia del Evangelio sino todo lo contrario, tanto que son condiciones puestas por Jesús. «La simplicidad de vuestra vida será mucho más poderosa que vuestros discursos», sería una buena traducción hoy.

⁴ DOLORES ALEIXANDRE. *El secuestro del envío*. En www.feadulta.com

- En medio de un mundo que busca el éxito inmediato, nos toca ser hombres y mujeres con aire de tener una cita más lejos, poseedores de la extraña alegría de saber que nuestros nombres están “apuntados” en ese libro de Vida que es el corazón de Dios.